



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO II.	PUNTOS DE SUSCRICION.	10 de Mayo 1878.	PRECIOS DE SUSCRICION.	NÚM. 1.
	Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39. Madrid, en las principales librerías. Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.		En Cádiz, un mes, adelantado 2 ptas. En toda España y Portugal, trimestre, 7 pesetas; seis meses, 14 id., un año, id. 25 * En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas americanas, semestre anticipado, en oro. 20 *	
	No se devuelven los originales que no se utilicen.		Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.	

SUMARIO.

GRABADO: Retrato del Excmo. Sr. Obispo de Orihuela.
TEXTO: La diplomacia verdad, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Experimento del profesor Jyndall sobre la trasmision del sonido, por ANDRÉS CASSARD.—Tipos por J. M. GOMEZ COLON.—Poesías: Madrigal, por VENTURA RUIZ AGUILERA.—La calumnia, por ANDRÉS CASSARD.—Soneto en colaboracion, por M. y M.—Una ofrenda más, por F. HOHENLEITER.—Rima, por *El Marino*.—A Martinez Campos, por VICENTE L. MUÑOZ.—Delicias del campo, por P. M. DE ACUÑA.—En el Teatro Real, por J. M. MATEOS.—*Andaluces ilustres*: Biografía del Excmo. Sr. obispo de Orihuela.—La cruz de Mayo, por JULIA DE ASENSI.—La lotería, por J. T. SALVANY.—*Literatura extranjera*: El miosotis, por E. MORIN.—Aumento de la Guardia Civil.—Noticias.

LA DIPLOMACIA VERDAD.

La diplomacia! Hé aquí una de las formas más simpáticas del progreso moderno.

Hé aquí el heredero presunto de la fuerza que aún se impone, de la arbitrariedad que aún domina.

Pero al decir heredero, no se crea que heredará errores brutales y viles tropelías.

Al confundirse en la diplomacia el poder de la fuerza, y el valor de lo arbitrario, sólo será para fundirse bajo el suave yugo de la razon, que representa el todo en el porvenir de la vida social.

Decía Platon: «Los griegos no destruirán á los griegos, no los reducirán á la esclavitud, no desbarrarán sus campos, pero todo esto pueden permitírselo respecto á los bárbaros.»

Es decir, que segun el autor de la *República*, sólo los griegos debían ser considerados como hombres.

Ciceron no iba tan léjos, pero aún reconociendo una sociedad general en la humanidad, no rompía la estrecha linea en que encerraba sus leyes el egoismo pagano, y si no consignaba el *yo humano*, consignaba el *yo patrio* como ley, y sostenía el brutal derecho de la fuerza.

Encerrado el mundo moral en las barreras materiales de nacionalidades pequeñas, la vida de sus repúblicas se deslizaba procurando las unas el aniquilamiento y destruccion de las otras.

Llega el cristianismo con sus luces redentoras, que funden en el molde de igualdad y fraternidad las aspiraciones del género humano, y ya desaparecieron esas irritantes distinciones de raza; ya el Escita entre los Griegos, y el Griego entre los Escitas, es un hombre y como tal un hermano, un igual bajo la religion y el derecho de gentes, que se establece con ella.

Van cayendo al eco de las trompetas evangélicas los



Excmo. Sr. Obispo de Orihuela.

muros de esas fieras nacionalidades, como sus dioses de barro; la indulgencia y el sentimiento de la verdad, se hacen lugar entre las impetuosas pasiones, y del griego al gentil, del bárbaro al judío, ya no queda diferencia alguna; ya comprenden que el hombre no es ciudadano de una pequeña región, sino ciudadano del mundo, y como tal tiene derechos y deberes.

Empiezan bajo esta amplia base las relaciones de Estado á Estado, de Nación á Nación, por las cuales, conservando cada una su libertad, su independencia, sus fuerzas y derechos, tienen las garantías internacionales, las acciones públicas, para tratar y convenir, para conservarse y repeler al agresor.

Aquí nace, naturalmente, la diplomacia, con sus garantías civilizadoras, que se apoyan en la fe y el honor de las naciones, que por medio de ella se aproximan.

Los tratados que establece son una verdad pública y solemne, porque están basados en una ley de responsabilidad moral, á la cual ni un individuo, ni una colectividad, se atreven á faltar nunca; el derecho de gentes, que viene á ser el objeto verdad de la diplomacia, queda por ella establecido y respetado.

Una invasión necesita estar justificada ante el mundo; un tratado no se rompe sin un motivo, ó pretexto al menos, que explique la violencia; un derecho debe ser respetado; una conquista no se comprende sin otra razón que la ambición de un pueblo; un prisionero de guerra es considerado, es mirado, no como un enemigo, sino como un hombre; un pacto es indestructible como el hecho, y bajo el cumplimiento de estos deberes, que son una obligación sagrada, garantida por el sentimiento moral, se sostiene el equilibrio del mundo, y se utilizan las convenciones más trascendentales.

Sin esa convicción mutua de fundir en el derecho de todos los derechos de varios; sin ese respeto á la agena fe, que se apoya en la fe propia; como en las antiguas repúblicas, en que una ambición, una casualidad, un augurio bastaba á poner en guardia á un Estado contra su vecino, imperaría el derecho del más fuerte; la razón del más astuto; la verdad del más apasionado; y entonces, mal guardadas las fronteras por el temor de alarmas interiores, las nacionalidades, entre la inquietud de choques, de escisiones y violencias inesperadas, lejos de pensar en su perfeccionamiento gradual por medio de la civilización, se destruirían con la relajación estrepitosa de todos los círculos sociales, y gastarían su vida y sus fuerzas entre insurrecciones militares, sediciones civiles, y tumultos populares.

La diplomacia es hoy la palanca del Arquímides político; con ella sostiene el mundo del progreso, pero á su vez ella es sostenida por la fe, que la garantiza.

Sin ella, sin el sentimiento de rectitud que debe inspirar, sin la intuición de una responsabilidad de grandes deberes que debe preceder á toda acción, las mismas negociaciones diplomáticas son un peligro, pues si la inteligencia del mediador no fija un límite á los abusos probables del poder; á la posibilidad de una ocasión, á lo ambiguo de una frase, entonces pueden hacer víctima á una nación de lo mismo que han procurado evitar.

Por esto pensamos que no es solo la gran inteligencia, la imaginación brillante y los vastos conocimientos, lo que debe indicar la elección de un diplomático; debe buscarse como cualidad eminente la rectitud moral, la honradez inquebrantable, la firmeza de carácter, la previsión constante, de aquel á quien se confía tan delicado cargo.

Excluyendo estos sentimientos, ¿quién garantiza á la sociedad contra un proyecto ambicioso, contra una precipitación inconveniente, contra un acto, en fin, que obligue á cambiar la faz de un estado general, ó á modificar un sentimiento público, con perjuicio de todos?...

¿Qué responsabilidad tienen los que así mueven á su placer los asuntos de un Estado, como el jugador las piezas de un ajedrez?...

¿Se ha pensado en la sangre, en las lágrimas, en los dolores á que puede dar lugar una ligereza diplomática?

No faltan ejemplos de ello, por desgracia, ni entre nosotros, ni entre los demás; hombres de ciencia hay que al manejar un asunto sencillo, lo han embrollado hasta hacerlo imposible; ó bien que por no detenerse á desatar con calma el nudo de una dificultad, le han cortado, como Alejandro, con la espada.

Esto puede ofrecer una gran enseñanza, que se utilice, como toda lección de la experiencia, en el bien y para el bien.

Obligados los gobiernos á dar á sus gobernados el bienestar posible, deben estarlo igualmente á pesar con calma ante la razón y la moral lo que más utilidad pueda tener para sus pueblos, sin guiarse de brillantes famas, que no justificarían su elección, ni de glorias científicas que, aunque suelen ser una gran condición, no son lo esencial.

El favor, la amistad, los compromisos públicos y políticos, no deben influir en una elección de la cual depende el bien futuro y la paz presente; no importa que los diplomáticos queden bajo la vigilancia del poder del gobierno; ellos se mueven libremente en su círculo de acción, y el gobierno más sagaz ó más previsur no puede evitar la frase que cambia una situación; la acción que consolida otra; la imprudencia que crea una nueva, ó la ambición tal vez de buscar una estrepitosa nombradía en una calculada traición.

Depositarios de la vida pública, ellos deben tener en garantía la lealtad de sus convicciones, la moralidad de sus actos, la verdad de su ciencia. El día que la razón se constituya en única arma que decida en las contiendas sociales, cada uno de esos generales de la fuerza intelectual tendrá ante los pueblos el valor de un apóstol, y sus decisiones el valor de un dogma del derecho.

El día en que la fuerza brutal huya avergonzada á donde huyeron los suplicios que empleó la humanidad salvaje; el día que se convenza el hombre que matar no es razonar, que se puede triunfar sin razón de triunfo, y que la inteligencia emanada de Dios, no debe estar sujeta á la eventualidad de un poder, sino á la convicción de una razón clara y justa, la diplomacia será una especie de sacerdocio moral, del cual dependerán las creencias sociales, las cuales bajo el derecho de la ley, y el derecho de la razón, terminarán la obra civilizadora que lleva al hombre á su perfección absoluta, cuyo modelo sólo en Dios puede buscarse.

Bajo esta norma la diplomacia encerrará una verdad, la gran verdad del derecho de gentes; la verdad del respeto á una ley; la verdad de la moralidad de los tratados, de la firmeza de las negociaciones, de la fe de los gobiernos, que vienen á fundirse en ella, triunfando de la desconfianza que inspira la palabra del hombre, y formando entre las sombras de la vida pública la luz de una razón suprema, centro alrededor del cual giran los sucesos y las esperanzas.

El pueblo, que todo lo admite ó todo lo niega; el pueblo que, como multitud, es siempre un niño, pues, á la manera que en el cerebro infantil se confunden mil impresiones diversas, en el cerebro-humanidad se funde millares de sentimientos distintos, no seguiría á la primera voz que le llamase despertando sus pasiones; no prepararía esas escenas de muerte que aterran al mundo y hacen al hombre mismo que las prepara avergonzarse de su condición, sino que esperando los decretos de ese tribunal de razón que había de regular sus actos, guiándose por sus acuerdos, siguiendo sus decisiones, sería sostenido firmísimo de la autoridad, á la cual confiaría la guarda de sus derechos, y en la admirable unión de la razón que apoya al derecho, y el derecho que sostiene la razón, la sociedad sería al fin, gracias á la diplomacia, es decir, á la inteligencia en acción, á la verdad del bien, á la moralidad de la fuerza razonadora, lo que nunca ha conseguido ser bajo el dominio de la intriga que la empequeñece, de la ambición que la desmembra, y de la fuerza bruta que la envilece y disuelve.

PATROCINIO DE BIEDMA.

EXPERIMENTOS DEL PROFESOR JYNDALL SOBRE LA TRANSMISION DEL SONIDO.

HASTA hace muy poco se consideraba que la transparencia óptica de la atmósfera estaba en directa relación con su poder de transmisión de sonido, y así un aire puro se creía ser el medio acústico más favorable.

Se sostenía también que la niebla, siendo una colección de diminutas partículas líquidas, que podían reflejar el sonido, era por lo tanto un amortiguador del sonido. Ambas teorías han resultado ser falsas en virtud de esta investigación. Humbolt notó que las catarratas del Orinoco sonaban más de día que de noche, y dedujo de sus experimentos termométricos que las corrientes de convección de la atmósfera, durante el día, hacían que el sonido se apagase por reflexión en las superficies limitrofes de estas diferentes capas de aire.

Jyndall aplicó este principio para explicar la extinción extraordinaria de los sonidos de la sirena á distancias menores de tres millas, cuando el aire estaba limpiísimo y el aparato que conducía el sonido completamente visible. Concibió que entre su posición y la del origen del sonido, evaporaciones desiguales del mar, creaban mezclas del aire y vapor de densidad variable, en las cuales el sonido se reflejaba. Si esto es así, argüía él, los ecos deben oírse, producidos por la reflexión en estas «nubes acústicas.» Colocándose detrás del origen del sonido, su inferencia quedó confirmada.

Reasumió sus observaciones sobre este punto en las siguientes palabras: Cualquiera que sea el estado del tiempo, nebuloso ó sereno, borrascoso ó calmo, los ecos aéreos, aunque varíen en fuerza y duración de día en día, jamás están ausentes, y en muchos días, bajo un Cielo perfectamente claro, llegaron (en el caso de la sirena) á una intensidad asombrosa. Pero el mérito especial de las investigaciones de Jyndall es en los medios inventados para probar estas miras con experimentos, usando una llama sensible y haciendo á cierto número de capas de gas de diferentes gravedades específicas, tales como ácido carbónico y gas de carbon, interpuestas entre ellas, y el origen del sonido, encontró que las ondas sonoras no podían penetrar esas capas ni afectar la llama. Entonces llevó su experimento un paso más adelante, interponiendo primero capas de aire de densidad diferente, después aire cargado con

vapor de agua y otros líquidos más volátiles: en estos casos el mismo efecto se produjo. Mostró en seguida que la reflexión tiene verdaderamente lugar según las leyes ordinarias de la luz, el calor y el sonido. Debe asentarse que en los experimentos arriba mencionados, por hábiles manipulaciones, una capa de gas caliente, ó aire cargado de vapor, se encontró ser suficiente para interceptar las ondas sonoras. El aparato que se usó para probar la reflexión fué el siguiente: Dos tubos de hojalata, abiertos en ambos extremos, y cerca de dos pies de largo; se arreglaron de forma de V haciendo pasar por sus extremos más cercanos aire de diferente densidad al resto. Se colocó una campana ó caña hueca para que introdujera ondas sonoras al extremo de uno de los tubos; y al extremo correspondiente del otro, pero separada de la acción directa de las ondas sonoras se colocó una llama sensitiva. Cuando se produjo el sonido fué (como antes) incapaz para afectar la llama sensitiva colocada más allá de la capa de aire ligero; pero de reflejo de éste al otro tubo, hizo que la llama sensitiva colocada allí, se pudiese en agitación violenta. Esta investigación demuestra, por lo tanto, que un medio no homogéneo, aunque transparente ópticamente, puede ser acústicamente opaco.

Después destruyó la doctrina que prevalecía desde el tiempo de Durham, que la niebla, la lluvia y la nieve y el granizo, eran amortiguadores del sonido. Las observaciones hechas en Londres y en South Foreland, demuestran que después de la lluvia, del granizo y la nieve, los sonidos aumentan perceptiblemente en intensidad; demostraron también que la niebla no intercepta el sonido, á causa de las largas distancias de donde puede oírse.

Los experimentos también prueban estas observaciones. Nieblas artificiales formadas del humo de la pólvora, vapor de agua, las emanaciones del cloruro de amonio y del fósforo, cuando se quemaron al aire libre, fueron impotentes para interrumpir el sonido de las ondas sonoras que pasaban fácilmente, mostrándose sus efectos en las llamas sensitivas.

Estas observaciones y experimentos llevaron la conclusión de que la homogeneidad atmosférica era la condición más favorable para la transparencia acústica, y que en una niebla, nevada ó granizada, es cuando mejor se llena esta condición.

Para terminar esta parte del asunto, describamos ligeramente la sirena de vapor, instrumento el más á propósito para las «señales fónicas.» debido á sus funciones generalmente dignas de crédito. Consiste en una trompeta de diez y seis pies de largo, que varía en diámetro de veinte y siete pulgadas en la parte más ancha, á cinco pulgadas en la parte más estrecha. Al través de su extremidad estrecha, se fija un disco lleno de hendiduras rodadas, y detrás del cual gira otro disco como á razón de 2.000 revoluciones por minuto, lleno también de hendiduras. Cuando las hendiduras de los dos discos se corresponden, el vapor que se emplea para hacer andar la sirena, se escapa á bocanadas para ellas y producen el sonido.

ANDRÉS CASSARD.

Nueva-York: 1873.

TIPOS.

REPUTACIONES MAL ADQUIRIDAS.

TOMAR el niño por comienzo, es hacer de la aurora su crepúsculo.

¿No tiene el hombre su oriente, su zenit y su ocaso?

Precisamente esos términos de la vida, son los reguladores de las pasiones.

Una berruga de la infancia, es un lobanillo de la mocedad, una joroba de la vejez.

El tiempo trae el vicio, porque el vicio desarrolla.

La vida es amar.

He ahí el matutino rayo de la existencia del hombre.

Amor innato á la vida, que es el amor á la naturaleza y su creador, encarnados en la madre.

Si el amor fuese siempre ese divino espiritualismo que dá puridad á los sentimientos, y nobleza á las acciones; ¿cuán angelical no sería, no el idealismo, si no el positivismo de la sociedad!

Pero tan pronto como el niño se desprende de sus andadores, entra en el amor á sí mismo sobre todas las cosas; y ¡ay! si el genio del mal bate de continuo sus alas sobre la cabeza del pequeñuelo!

En los juegos hay siempre un niño audaz, que toma para sí hasta lo prohibido en los placeres infantiles, dejando con maña é hipocresía la posibilidad del castigo á los inocentes participantes.

Esa es la primera manifestación de las reputaciones mal adquiridas.

Obtener las caricias por un comportamiento embustero, amparar las travesuras tras la indole bondadosa de tiernas generosidades que permiten la responsabilidad de malos hechos ajenos; conseguir que el bueno, consienta á espen-

sas de su crédito, se llame al *malo, mejor*, en el aprecio de la familia, este es el primer peldaño de la escala por donde el corazón emprende la subida á las reputaciones mal adquiridas.

En la esfera de la educacion escolar, no hay sitio donde el rapaz inclinado á la usurpacion de un buen nombre, no lleve su intento para conseguirlo.

Súplicas, lágrimas, humillaciones, todos los medios son excelentes para conseguir el *torpe* que el *aventajado* le haga los trabajos; y hasta conteste por él en las clases, valiéndose de los mil medios que todo estudiante conoce.

¿Con qué orgullosa afectacion muestra el mozo á sus padres las aventajadas notas de su conducta y de su aplicacion! ¿Con qué envanecimiento se pavonea entre los amigos, adornado como el grajo, con hermosas plumas ajenas!

Aquel ingenioso ladronzuelo de talento, logra su propósito; porque las hipocritas arterias del *malo*, con demasiada frecuencia llegan á enmascararse con lo *bueno*.

En los exámenes, ya la reputacion adquirida, *mala*, robada, injusta, preocupa el criterio calificador, al extremo de ser indulgente lo bastante para echar en el monton de los *aprobados*, á quienes no tienen otro valer que la reputacion mal adquirida.

Mozos que así llegan á ser hombres, son *hombres* verdadera calamidad; porque cuando el éxito corona las primeras aspiraciones, se convierte el deseo en una hidropesía, en una sed insaciable, en una ambicion colosal.

Todavía el *nulo* quedaria olvidado en el arenal de los *desapercibidos*, si el amor de la familia, las consideraciones de la amistad, la urgencia de los menesterosos, el aplauso de los nécios, no coadyuvasen de consuno á construir esas *reputaciones* que no por *malas*, dejan de ser respetadas por una sociedad, que aún siendo ente de razon, es muchas veces solo un *ente*.

¿Sucederia sino lo que acontece?

En los más elevados puestos civiles, en las mas altas gerarquías militares, en las más honoríficas instituciones científicas y literarias, se ven, no ya *medianías*, sino nulidades con todas las atribuciones del talento.

Sin aclimatarse en esas regiones, sino galardeando en pequeñas poblaciones y hasta en capitales de importancia, por su riqueza y discrecion, se encuentran esos *notables ingenios* debidos á reputacion mal adquirida.

¿Qué habeis hecho? ¿Dónde están vuestras obras? ¿Dónde siquiera vuestros menudos escritos que revelen vuestra convenida capacidad?

Y no se dará contestacion satisfactoria.

El hombre de gobierno habrá subido á lo alto, merced á una bocanada política, como andrango, á impulso del vendaval; el hombre de armas se habrá encaramado porque lo ha empujado el padrino; el hombre de ciencia se encuentra en un sitio académico porque lo ha llevado la mayoría.

Pero póngase en movimiento el escarpelo, inquieren la causa de esos efectos, y se encontrará la *opinion pública*, como único motivo de la encumbracion.

¿Y qué es la opinion pública para la apreciacion del talento no demostrado? El eco de la familia, del amigo, del adulador, del inconsciente propagador de lo que escucha sin comprenderlo.

¿Es un sábio! Se repite por todas partes. Y el sábio no conoce ni los rudimentos de cualquiera ciencia.

¿Es un literato! Se vocea. Y el literato si acaso ha escrito algun artículo periodístico.

¿Es un génio! Se aclama. Y el génio no se ha revelado sino por el modo de *ingeniarse* para ocupar el puesto en que se ve.

Pero ese feston de flores con que se engalanan las reputaciones mal adquiridas, cuyo más precioso capullo es el primer beso de la madre, y la mas vistosa flor la siempre viva representada por la necrología aduladora, tiene mayores proporciones en las poblaciones de no muy numeroso vecindario.

Allí no es un pueblo, puede decirse que es una familia: todos se han visto nacer; á la vista de todos se crece; la atmósfera en que se vive es la constante evaporacion de un cuerpo social reconcentrado.

Por eso el abogado sin pleitos, el médico sin clientela, el militar sin historia, el literato sin letras, el sábio sin ciencias, encuentran su nombre en los letreros de las calles, en la gestion pública, en los sillones de las Academias, en la nómina de las sociedades.

Y si solo se hallasen en posiciones inofensivas esos hombres de equívocas reputaciones, todavía su estabilidad, sin importancia, pudiera causar más lástima que inconveniencia.

Pero no es así.

Merced á *reputaciones mal* adquiridas, se obtienen puestos é influencia, por lo que el empleado oficial causa males continuos y de consecuencia irreparable; el tenido por sábio ejerce una coaccion perniciosa por su cualidad irresponsable; el que es llamado talento, pervierte la opinion con los deberes de su ignorancia.

Y apenas si la *opinion* que ha creado esos gigantes, puede sufrir una reforma que arroje de sus zancos al fantasma.

Los hombres de *reputaciones mal* adquiridas, tienen la astucia de *callar*, dejando á la *opinion* que interprete su silencio por sapientísima modestia; otros publican lo que no es suyo; otros repiten lo que no entienden; los más se duermen en el *concepto que han merecido*, apenas si dejando ver de cuando en cuando la punta de la oreja como el bicho de la fábula.

Pero de todos modos ¡qué calamidad tan grande es el hombre de reputacion mal adquirida!

Lo ménos que hace es robar á la sociedad los provechosos de que goza.

Sustituir la verdad con la mentira.

Trastornar el órden de la naturaleza.

Bien dice Ciceron:

In animis hominum multe latebre sunt, multique recessus.

Muchas solapas tienen los corazones de los hombres.

J. M. GOMEZ COLON.

MADRIGAL.

La soledad, la noche y la tiniebla,
Confidentes de amor y protectoras
(De amor, cuyo poder los mundos puebla),
En las fugaces horas
Que á tu lado pasé, llenas de encanto,
Bajo el fresco verdor de la enramada,
Tanto acrecían mi pasión y tanto
La irresistible luz de tu mirada,
Que hubieran hecho claudicar á un santo.
Yo, que nunca lo he sido (lo confieso,
Dándole á cada cual lo que le toca)
En lugar de ceder á loco exceso,
Huí la tentación hasta del beso
Que se asomaba al nido de tu boca.
Virtud nó, temor fué; yo lo tenía
De que el goce dejase al fin abierta,
Como suele, al hastío franca puerta,
Y convertí en respeto mi osadía:
¡Considera, mi bien, si te querria!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Madrid: 1878.

LA CALUMNIA.

¡Mónstruo de maldición! Hiena temible
Que á tu inocente víctima, alevosa
Le lanzas la saeta venenosa,
Infligiéndole un mal indescribible!
Y no contenta con el daño horrible
De tu ponzoña infame, perniciosa,
Prosiegues encubierta y maliciosa
Con saña vil royéndola inflexible.
¿Por qué persigues con traición y mengua
Al misero mortal, gusano inmundo,
Sin que escape ninguno de tu lengua?
No mereces estar en este mundo.
¡Marcha lejos de aquí, germen impuro!
En el nombre de Dios, yo te conjuro!

ANDRÉS CASSARD.

Nueva York: 1878.

SONETO EN COLABORACION.

— Estoy de tal manera destemplado,
Tan cabizbajo, lacio y aburrido,
Y tal de desgano y sin sentido
Que me doy por difunto y enterrado.
La memoria cruel del bien pasado
Pretendo sepultar en el olvido,
Y más ardiente y bello el ser querido
Llena mi corazón desesperado.
— Nunca muere lo bello en la memoria,
Ni de la dicha los recuerdos pasan
Como fugaz imagen ilusoria...
Si nuestras alas al volar se abrasan,
Fénix del alma, la ilusión de gloria
Renace entre cenizas que se arrasan!...

M. Y M.

UNA OFRENDA MÁS.

A LA MEMORIA DEL SR. D. MANUEL DEL CASTILLO
Y DE SAN VICENTE.

Si la mente en dolores sumergida,
Recuerda al bondadoso ciudadano,
No llorad; que su genio más que humano,
Corre á gozar de más segura vida.

Si, sí, ya es más feliz; y aunque transida,
El alma sienta á nuestro caro hermano;
¿Quién trazará con venturosa mano
Su dicha de ninguno conocida?

Así, pues, de su fulgida memoria
Solo queda en sombra el pensamiento
Que en nuestro pecho sin cesar se encierra.

Allí, del Hacedor ante la gloria
El vé nuestro profundo sentimiento,
Y el duelo eterno que dejó en la tierra.

T. HOHENLEITER.

Cádiz, 30 Abril: 1878.

RIMA.

Yo percibo en la luz de tus miradas,
Dulces como los besos de mi madre,
Y del arpa en las notas moribundas
Que lloran en el aire,
Y en el perfume de las frescas flores,
Y en la paz misteriosa de la tarde,
Un *algo* tan profundo y tan inmenso...
¡Qué yo no sé explicarme!

EL MARINO.

Andújar: 1878.

AL EXCMO. SR. CAPITAN GENERAL
D. ARSENIO MARTINEZ CAMPOS, GENERAL EN JEFE.

Al genio de la paz, al más valiente;
Al esforzado y fiel de eterna gloria,
Cuyas virtudes guardan de la historia
Páginas que dan brillo al Sol ardiente.
Al bravo que en mil lides contendiente,
Por lema ostenta *Union, Paz y Victoria*,
Grabando así su nombre en la memoria
Del pueblo que en la paz sigue creciente.
Coronas de laurel, palma y oliva
Ciñamos á su frente, entusiasmados
Mientras feliz entre nosotros viva;
Y por siempre á su voz subordinados,
Eterna paz en la española Antilla
Conceda Dios al Trono de Castilla.

VICENTE L. MUÑIZ.

Puerto Príncipe (Isla de Cuba) 15 de Febrero 1878.

DELICIAS POÉTICAS DEL CAMPO.

Pulse el poeta su lira
Que al entonar su canción
Le dá el campo inspiración
En el aire que respira.

¡Qué bello es el horizonte
Desde un cerro contemplar,
Viendo á lo lejos el mar
Besar la falda del monte!

Y escuchar en la llanura
Que una esmeralda semeja
Dulce balar, de la oveja
Al salir de su clausura.

Y entre etéreo pabellón
De nacar y venturina,
Ver triscar en la colina
Al revoltoso vellón.

Que dicha en el mundo iguala
La de inocentes pastores
Que viven, entre las flores
Con su pulida zagala!

Al mirar los arroyuelos,
De su cristal al traves
Se vé pintado á tus pies
El claro azul de los cielos.

Si el matutino arrebol
Lanza sus claros reflejos
Las aguas forman espejos
Que copian temblando al Sol.

Que grato es los ruiseñores
Escuchar, entre el follage
Del verde fresno salvage,
Que se cuentan sus amores.

Y ver que al chocar con brio
Con las piedras y brozaes
Saltan formando fanales
Las claras aguas del rio.

Y de sus ondas á veces
Bajo el velo cristalino
Se vé el raudo remolino
De mil esmaltados peces!....

Ya ves ciervo corredor
Tendida el asta en el lomo
Que entrega su vida, al plomo
De entendido cazador.

Ya del águila altanera
Miras el rapante vuelo,
Ya la perdiz y el poyuelo
Ves correr por la pradera.

Otoño, al entrar en lid,
Dá á las plantas su rocío,
Y muestra su poderío
Colgando el fruto á la vid.

Cuando el invierno desata
Las aguas, la nieve el hielo
Aunque se entristece el cielo,
Parece el campo de plata.

Apacible y hechicera
Cual abre el ave las alas
Tiende en los campos sus galas
La pintada primavera.

Y allá en la orilla del rio
Bajo el fresco sicomoro
Se ven montañas de oro
Que el Sol pinta en el estío.

Allí no llega el aliento
De la ciudad corrompida
Y se desliza la vida
Entregada al sentimiento.

Que la luz de la razon
Al lucir en tanta calma
Lleva la ventura á el alma
Y la paz al corazón.

PEDRO MANUEL DE ACUÑA.

Andújar: 1878.

EN EL TEATRO REAL.

A GAYARRE.

¿Qué misteriosa armonía
Me produce impresion tal
De grata melancolía,
E inunda así el alma mia
De ventura celestial?

¿Qué dulce armonioso acento
Llega á mi en suave clamor,
Y dudar me hace un momento
Si es hoy la tierra mi asiento
O es mundo superior?

¿Son dulces cantos de amores,
De arpas célicas sonido,
De besos blandos rumores,
O coros de ruiseñores,
Los que llegan á mi oído?

¿Rica de encantos y aroma,
Sirena que de improviso
Entre esmeraldas asoma,
O las huries de Mahoma
Cantando en el Paraíso?

¿Es de palomas arrullo,
Grato coloquio entre flores,
Suspiros embriagadores,
O el apacible murmullo
De arroyuelos bullidores?

¿Son cánticos de consuelo
Que anuncian cercano bien,
Seres del mundano suelo,
O los ángeles del cielo
Que abandonan hoy su Eden!

¿Sonidos que manso Eolo
Arrastra en cadente lid,
Y á cuyo encanto me inmoló;

Sois de la lira de Apolo,
O del arpa de David?

.....
¿Son de un ser privilegiado
Los cantos arrobadores,
O es que Gayarre inspirado
A cielo y tierra ha robado
Sus ecos más seductores?...

De su voz los gratos sonos
El mundo escucha con pasmo,
Y con dulces vibraciones
Despierta en los corazones
La fiebre del entusiasmo.

¿Quién no olvida su dolor,
Y de entusiasmo palpita,
Al oírle estasiador
Ese poema de amor
Que se llama *Favorita*?

Yo le escuché más de un día
En *Fausto* con loco afán,
Y admiré cuánto valía
En esa creación sombría
Del gran poeta alemán.

Puritanos, Africana,
Y otras obras inmortales,
En todas escuché iguales
De aquella voz soberana
Los acentos ideales.

De dichas embriagadoras,
Yo nunca podré olvidar,
Dulces y enloquecedoras.
Aquellas felices horas
De supremo bienestar.

JOSÉ M. MATEOS.

Madrid, Enero: 1878.

ANDALUCES ILUSTRES.

BIOGRAFÍA

del Dr. D. Pedro Maria Cubero Lopez de Padilla; Caballero gran cruz de Carlos III, de Isabel la Católica, y de la de Beneficencia; Senador vitalicio del Reino, Prelado doméstico de Su Santidad, asistente al Sacro Sello Pontificio; Noble Romano, dignísimo Obispo de la Diócesis de Orihuela, etc.

Nació en la villa de Doña Mencía, provincia de Córdoba. Hizo los estudios de humanidades, revelando su mucha disposición, en el Colegio de San Pedro y San Pablo de la villa de Castro del Rio en la misma provincia. Despues pasó al Seminario de San Pelagio Mártir de Córdoba, donde cursó la Filosofía, Sagrada Teología y Derecho Canónico. Por sus relevantes cualidades de carácter, virtud y talento, y sobre todo, por el genio organizador de que dió muestras en bien de la educacion y de las ciencias, recorrió y desempeñó todos los destinos y cargos de direccion y enseñanza en dicho Seminario, llegando á obtener el importante puesto de Rector á los veinte y nueve años de edad, teniendo á su cargo á la vez una de las cátedras de Teología y Sagrada Escritura, cuyo magisterio ejerció durante veinte y siete años, siendo el total de años que permaneció en el Seminario ya expresado, el de treinta y cinco, en los cuales no desmintió ni un sólo día su asiduidad y perseverancia en mejorar y producir rápidos progresos en la instruccion y en los adelantos de sus alumnos.

A la vez que se ocupaba en la ardua y honrosa tarea de la enseñanza, fué nombrado Canónigo, Maestrescuela y Dean de dicha Santa Iglesia, en la que contribuyó en gran manera á mejorar aquel templo célebre entre los de España, por haber servido de mezzquita á los moros en el califato de Occidente.

Siendo Dean fué promovido á la Silla Episcopal de Orihuela el año 1868, la cual ocupa desde aquella fecha con notable acierto, discrecion y sabiduria, amado y respetado del clero y fieles de la Diócesis, por la afabilidad de su carácter y su paternal solicitud por el bien espiritual y temporal de cuantos dependen de su sabia direccion y consejo.

No ha olvidado S. E. I. su cariño al Seminario Conciliar, lográndose por su iniciativa, por sus desvelos y sacrificios, los notables adelantos científicos, y las grandes y extraordinarias reformas del edificio, que son justamente admirados por cuantos tienen ocasion de verlas, así propios como extraños. Igual celo le distingue y ha empleado en toda la Diócesis, promoviendo el divino culto en todas las parroquias y demás iglesias. Ha conseguido levantar varios templos, notables por su estructura y proporcionadas condiciones, mejorando y reparando otros muchos, en cuyos archivos se perpetuará su memoria.

Tambien han sido objeto de su cristiano celo é in-

cansable actividad, los establecimientos de Beneficencia, mejorando considerablemente el hospital de San Juan de Dios, en el que, ayudado de una persona piadosa, lo mismo que en el de la Misericordia, ha establecido dos fundaciones de Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul. Ocupase en la actualidad en la fundacion de un hospicio que sirva de refugio á los pobres impedido, ó que no tengan trabajo, y en donde puedan, merced á un régimen especial, mejorarse sus condiciones religiosas y morales. Tambien ha fundado y concluido el establecimiento de una escuela gratuita para los pobres, que se inaugurará pronto, bajo la advocacion de San Pedro.

En 1862 tuvo la honra de que admitiesen hospedaje en su palacio de Orihuela, los reyes católicos de España D.^a Isabel II y su augusto esposo D. Francisco, y á su costa se hicieron en él las mejoras y gastos consiguientes, para recibir dignamente á los egregios huéspedes, agasajándolos con la caballerosidad, que es uno de los títulos más relevantes de S. E. I.

En dicho año, asistió en Roma á la célebre canonizacion de varios santos; en 1867 acudió solicito al llamamiento que el gran Pio IX hizo al episcopado católico para la celebracion del 19.^o aniversario de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y posteriormente concurrió en 1869 y 70 al Sacrosanto Concilio Vaticano.

Por causas de salubridad pública ha tomado la iniciativa en la desinfeccion de terrenos, en varios pueblos de su Diócesis, hasta entónces pantanosos, con daño de la salud pública.

Fiel á sus honrosas tradiciones, S. E. I. se ha constituido en fundador y especial protector del notable colegio de segunda enseñanza que hoy existe en la ciudad de Orihuela, dirigido por Padres Jesuitas, restaurando a efecto y á sus espensas el magnifico edificio, uno de los más grandiosos de España, y célebre por haber sido antigua Universidad.

Ha creado multitud de coadjutorias en varias parroquias, para el mejor servicio y aprovechamiento espiritual de las almas.

A consecuencia de los varios incendios que han ocurrido en su Diócesis, se han levantado á sus espensas muchas casas, razon por la cual algunas calles llevan su nombre, y en los años de inundaciones y pérdidas de cosechas, ha enjugado las lágrimas de los pobres, yendo en más de una ocasion en tales conflictos, con gran peligro de su vida, á repartir panes y dinero entre los necesitados.

Ha contribuido á que muchos jóvenes faltos de recursos siguieran carreras, siendo su generosidad inagotable. Dotado de un carácter bondadosísimo, como queda dicho, basta hablarle una sola vez para quererle; de ingenio penetrante, amena conversacion y poseedor de vastísimos conocimientos; caritativo, celoso en el cumplimiento de sus deberes; incansable en la Santa Pastoral Visita, cinco veces ha recorrido su Diócesis. Abierto su palacio á todas horas para recibir lo mismo á los eclesiásticos que á los pobres que demandan su proteccion, no es extraño que sea objeto del mayor cariño, y de todo el respeto de sus diocesanos.

Muy amado del magnánimo Pio IX, conserva documentos cariñosos de Su Santidad, siendo uno de los Prelados que más limosnas han enviado á Roma.

Nombrado Senador del Reino por Almería, ocupó los escaños de la alta Cámara, pronunciando un magnifico discurso con ocasion de la unidad católica.

Hoy es Senador vitalicio.

Súbdito fidelísimo de S. M. el Rey D. Alfonso XII, que gobierna la nave del Estado, concurrió personalmente á sus bodas con la Serma. Sra. Infanta Doña Mercedes, hija de esta para S. E. I. queridísima y amada patria.

Quien trató una vez, quien habló detenidamente con el R. Prelado de Orihuela, no puede olvidarlo nunca, y el que le consagra estas líneas, débil muestra de su adhesion, cariño y respeto, no lamenta más que no poder decir, sin herir su evangélica modestia, cuanto en su elogio y alabanza justísima siente.

X. ***

LA CRUZ DE MAYO.

I.

SERIAN próximamente las diez de la mañana del 3 de Mayo de 1870, cuando Rosita, la hija del humilde zapatero que pasaba el día en un oscuro portal de la calle de Juanelo y la noche en un estrecho cuarto interior de la misma casa, bajó á la habitacion de su amiga Angela, que vivia en el piso segundo con su padre, que era carpintero, y su madre que era costurera.

Angela se hallaba en el momento de entrar su compañera ocupada en sacar de una gran cómoda algunas prendas de vestir, entre ellas un traje azul de lana, un pañuelo blanco con largos flecos y bordado de flores de variados matices, algunas cintas de seda y modestas alhajas. Angela y Rosa habian nacido el mismo día y acababan de cumplir trece años. Hacía cerca de siete que eran vecinas, y las niñas no se separaban nunca. Sus madres habian sido amigas desde la infancia, pero su suerte no era igual.

La mujer del carpintero gozaba de un dulce bienestar, pues su trabajo y el de su marido bastaban para sostener la casa, pero él era brusco y agrio con su esposa.

La mujer del zapatero pasaba mil privaciones, pero su marido la adoraba. Tenían cuatro hijos.

Rosita miró con cierta envidia las prendas que Angela iba depositando sobre la cama, y no pudo contener un suspiro.

—¿Vas á pedir para la Cruz de Mayo? Preguntó al cabo de un momento.

—Sí; ¿y tú?

—No tengo pañuelo, porque mi madre ha empeñado el que me prestó para que fuese contigo hace un año.

Angela abrazó á su amiga, abrió otro cajón de la cómoda y sacó un pañuelo encarnado con flecos y flores bordadas.

—Este es de mi madre y te sentará muy bien, dijo. Voy á arreglarte; deja sueltas tus largas trenzas negras; el pañuelo rojo hará buen efecto sobre tu vestido oscuro... perfectamente. Una cinta grana en el pelo, dos rosas de las cuatro que he comprado con la intención de entregarte las que ves... un collar de azabache... unos pendientes de coral. Ahora dame un beso y mira en ese espejo que linda estás.

Rosita obedeció á su amiga y debía quedar satisfecha del exámen si el espejo le dijo la verdad, porque estaba realmente encantadora.

—A mi vez me toca vestirme, dijo la hija del zapatero; ven, Angela, trae tu traje azul, tu pañuelo... tus pendientes de oro y perlas, tu collar de cuentas doradas, una cinta celeste para adornar tu pelo rubio que, como el mío, dejas peinado en dos trenzas... dos flores blancas en la cabeza... y ahora abrázame y mírate al espejo para que veas que bonita estás.

Angela obedeció, miró su rostro bello y melancólico en el espejo, fué á despedirse de sus padres, cogió dos bandejas doradas, dió una á Rosa, bajaron la escalera y salieron á la calle.

—Vé tú por la derecha, dijo Angela á su amiga, yo iré por el lado opuesto, pues si vamos juntas no sacaremos nada ninguna de las dos. A las tres de la tarde nos reuniremos otra vez, comerás conmigo, según desean mis padres, y pasaremos reunidas el resto del día.

Angela era tan bella como Rosa; la primera, más conocida en el barrio que la segunda, se veía halagada porque sus padres gozaban de mejor fortuna; así es que cuando á las tres las dos niñas se encontraron en el portal de su casa y se mostraron lo que habían sacado, resultó que la cantidad de monedas que llevaba Angela valía doble que la recogida por Rosita.

—Mira, dijo la primera, me ha dicho mi madre que este es el último año que me deja pedir para la Cruz de Mayo, porque no tengo ya edad para ir corriendo por las calles como una chucuela. ¿Quieres que hagamos una buena acción y demos este dinero á los pobres?

Rosita vaciló un momento y luego respondió tristemente:

—Es el caso que mi padre hace tres días que no trabaja y...

Angela no la dejó acabar la frase y la entregó todo el dinero que llevaba.

Las dos niñas pasaron un día feliz, y por la noche se separaron prometiéndose verse á la mañana siguiente; pero aún no había transcurrido una hora, cuando Rosa llamó de nuevo á la habitación de Angela y se arrojó en los brazos de ésta sollozando.

—¿Qué te sucede? le preguntó la hija del carpintero.

—¡Ay, Angela mía! Mi padre no puede ganar el sustento para mi madre, mis hermanos menores y yo, y quiere que me ponga á servir. Hoy le han hablado de una señora que busca una niñera, y como por mis cortos años no puedo ser útil para otra cosa, desean que entre desde mañana en la casa. Lo que más me aflige es que esa señora vive muy lejos de aquí, que no saldré nunca, porque mis padres irán á verme los días de fiesta, y que nos separan para siempre.

Angela lloró con su amiga, y antes de darle el último beso la dijo:

—Vamos á prometernos una cosa.

—¿El qué?

—Que al menos nos reuniremos una vez al año: el día de la Cruz. A la una te esperaré aquí; tu madre habrá ido á buscarte y pasaremos la tarde juntas.

—Dios lo haga, murmuró Rosita, y Él consienta en que seas más dichosa que yo.

II.

Era la una de la tarde del 3 de Mayo de 1871.

En el portal de la calle de Juanelo, Angela esperaba impaciente á su amiga. La niña iba vestida de negro porque hacía dos meses que había perdido á su padre. Estaba pálida y triste, aunque resignada.

Al fin llegó Rosita acompañada de su madre. Rosita lle-

vaba un lindo traje y estaba aún más hermosa que hacía un año.

—Ya sé tu desgracia, dijo á Angela, y he llorado muy de veras. Entremos y procuraré distraerte.

Rosa era feliz; gracias á ella sus padres vivían con menos estrechez, sus amos la querían mucho, el niño no deseaba separarse nunca de la humilde hija del zapatero, y ésta no ambicionaba tener más riquezas, ni más ventura. Entretanto á Angela contándole todo lo que había visto y todo lo que había hecho; le aseguró que nunca la olvidaba, y repitiéndose la promesa del año anterior, se separaron al anochecer llorando las dos niñas.

III.

No faltaron tampoco á su cita del año siguiente.

Rosa y Angela, eran dos lindas jóvenes de quince años; á la primera le hablaba ya de su hermosura un ebanista que vivía cerca de ella, y que no deseaba otra cosa que darle su mano como le había dado su corazón; la belleza de la segunda era una belleza melancólica, demasiado triste para los mozos de su barrio.

A Rosa no le disgustaba que el ebanista la encontrara hermosa; Angela no sabía todavía que lo era. La joven vestía aún de luto por su padre.

Rosa refirió á su amiga sus nacientes amores, apenas se encontró sola con ella en la modesta vivienda del zapatero.

—Y tú, la preguntó al terminar, ¿qué te haces, á quién amas, en qué te ocupas?

—Yo, murmuró Angela tristemente, estoy bien lejos de ser tan dichosa como tú; hace catorce meses que perdí á mi padre, y dentro de cuatro se casa mi madre con un hombre de posición demasiado elevada para nosotras; no quiero vivir con él y voy á ponerme á servir como tú. Sé coser, he aprendido á planchar y espero ser admitida en cualquier parte. Entonces te veré con más frecuencia, y tu cariño me consolará. Mi madre se irá de esta casa; pero el día de la Cruz del año que viene nos reuniremos aquí, donde aún habitarán tus amados padres.

—¡Tú á servir! exclamó Rosa; tú, acostumbrada á vivir tan bien; tú tan delicada, tú tan buena...

—Ahora estoy perfectamente, y además Dios me dará fuerzas. Espero verte mucho y ser feliz.

Un mes después supo Rosa que Angela había encontrado colocación; pero sus amos vivían en un pueblo cercano á la corte, y así las dos amigas, si bien se escribían alguna vez que otra, no se veían nunca. Por carta de Angela supo su compañera que la viuda del carpintero se había casado abandonando la casa de la calle de Juanelo para habitar otra mejor.

Desde el mes de Diciembre de 1872, no recibió Rosa más cartas de su amiga, aunque ella la escribió varias veces, y así esperó impaciente á que llegase el 3 de Mayo de 1873 para que Angela cumpliera su promesa y fuese á verla á casa de sus padres.

IV.

A las doce del deseado día, se dirigió Rosa al lugar de la cita, esperando encontrar á su querida Angela. La joven no se hallaba allí.

—Algo grave sucede cuando no ha venido, dijo á su madre; si Vd. me dá permiso voy á buscar la diligencia y me marchó al pueblo para ver que ocurre.

—Yo te acompañaré, hija, contestó la buena mujer.

—Y yo, añadió el zapatero.

Dejaron los niños al cuidado de una honrada vecina y los tres se dirigieron hacia la calle de Toledo; allí alquilaron un carruaje y se pusieron en camino para ir al pueblo habitado por Angela, al que llegaron á las tres de la tarde.

Vieron una casita blanca de un solo piso, con ventanas que daban unas á la plaza y otras al jardín; delante de ella se detuvieron, y aunque la puerta estaba abierta, llamó el zapatero repetidas veces sin obtener respuesta ninguna.

Entre Vd., le dijo una vecina, estarán en el jardín y desde allí no se oye nada.

Los tres obedecieron, atravesaron el zaguán, luego una sala, luego un corredor al final del que se veía una habitación iluminada por luz artificial.

—Habrá algún altar de la Virgen, dijo la madre de Rosita.

—Vamos á entrar á rezar una salve, murmuró la joven.

Al mismo tiempo algunos chicos gritaban en la plaza:

—¡Un cuartito para la Cruz de Mayo!

—Estamos en el mes de María, prosiguió la esposa del zapatero, pidámosle, Rosa, que te dé suerte y prosperidad en tu casamiento. Poco contenta se vá á poner Angela cuando sepa que dentro de un mes es la boda, y que quiere que ella sea la madrina....

La buena mujer no pudo terminar. En el cuarto donde entraron había un paño oscuro tendido en el suelo y sobre él un ataúd, rodeado por cuatro hachones, que encerraba el cuerpo de una mujer vestida de negro. Rosa se arrojó

sobre ella dando un grito desgarrador; su padre intentó apartarla de allí, su madre empezó á llorar.

—¡Ay qué desgracia! exclamaba, tan joven, tan hermosa, ¿te acuerdas, Pedro? Habían nacido en un día; nuestra hija infortunada, la de ellos feliz, y hoy Dios se la lleva para evitarla sin duda las muchas amarguras que aún tenía que pasar en este mundo.

En aquel momento entró un criado de la casa, se enteró de quienes eran los que allí se hallaban, les dijo que Angela llevaba algunos meses de estar enferma, pero que la señora la quería mucho y la tenía á su lado por caridad, que trabajaba demasiado y eso había agotado sus fuerzas ya escasas, que no tenía más afán ni más deseo que ver á una amiga que vivía en Madrid, que le había bordado un pañuelo para regalo de boda, en fin, que el día antes se había empeñado en levantarse de la cama para salir y encargarse á un mozo del pueblo que llevase aquel recuerdo á su compañera, y que había vuelto tan mal que dos horas después le habían administrado los últimos Sacramentos.

—¿Y cuando ha muerto? preguntó el zapatero.

—Hoy al amanecer, contestó el criado.

Sacaron de allí á Rosa casi sin sentido, y sus padres se la llevaron á Madrid, después de saber que los amos de Angela pagaban para ella una modesta sepultura en el cementerio del lugar.

Al llegar el zapatero á su casa, vió encerrados en una cajita un pañuelo perfectamente bordado y dos flores naturales. En un papel se leía:

«Recuerdo de Angela á su amiga Rosa.—3 de Mayo de 1873.»

V.

Rosa se casó algunos meses después, pero no se olvidó nunca de su amiga. Todos los años el día de la Santa Cruz, vá con su marido á oír algunas misas por el eterno descanso de su dulce compañera, y á depositar varios ramos y coronas de flores sobre su blanca sepultura.

JULIA DE ASEÑSI.

Madrid: 1878.

LA LOTERÍA. (1)

SALVO honrosas excepciones, que acompañan de ordinario á toda regla general, España, la católica España, es un país de ociosos y de jugadores.

Dejando á un lado lo lícito ó lo ilícito de los juegos hoy día más usados, ello es que se juega en el garito, en la taberna, en el café, en el casino, en el aseado saloncito de la respetable clase media, y en el suntuoso gabinete azul ó rosa de la clase encopetada.

El tahur y el jornalero, el empleado y el militar, el rentista y el calavera, el matemático y el poeta, todos juegan al billar, quién á la ruleta, quién al tresillo, al monte, al whist, á la lotería y otros mil. Algunos se hacen la ilusión de jugar á todo esto, y al fin mueren sin haber comprendido jamás que jugaban al burro.

Los gobiernos unas veces persiguen con severidad el juego, otras le toleran ó le descurdan; pero se juega siempre, y ni siempre es la justicia quien puede arrojar al delincuente la primera piedra, ni se persigue siempre el juego en todas sus repugnantes madrigueras.

El juego y el ocio son parientes tan cercanos, que con alguna frecuencia suele ser el segundo padre del primero.

Toda criatura racional necesita emplear su tiempo en algo, y siendo muchos los que no quieren, no pueden, no saben ó creen que no deben trabajar, de ahí uno de los motivos que fomentan la afición al juego, ó sea el más miserable y pernicioso pasatiempo.

Si se considera que cada español lleva dentro de sí el germen de la calaverada, que ni á todos los ministros reunidos les sería posible firmar de un golpe diez ó doce millones de credenciales, como de diez ó doce millones es el número de los pretendientes; que aquí cualquiera tiene más ambición que méritos; que á muchos les gusta gastar y á muy pocos producir; que por demás abunda el deseo desenfrenado de improvisar fortunas, siendo escasos, casi nulos, los medios y el propósito de adquirirlas honradamente; si sólo esto y algo más se considera, fácilmente se comprenderá la afición al juego, el afán que cada uno siente de hacerse con dinero á todo trance.

En este país, donde tanto se habla de moral y tan poco se practica, existe apenas quien no eche ó sea capaz de echar su cuarto á espaldas en materia de juego, ó de despilfarrar desde media á quinientas pesetas en un billete de la lotería.

¡Oh, la lotería!... El corazón palpita de entusiasmo al escuchar esta palabra mágica; el índice y el pulgar se introducen involuntariamente en el lácio bolsillo; los ojos se clavan en el oráculo que en forma de lista cuelga á la puerta de muchos loteros; una formidable

(1) Del libro inédito *Anatomía Social*.

invasión de números conmueve las paredes del cerebro; un rumor metálico recrea los oídos, y el pensamiento divisa en lontananza miriadas de miriadas de imágenes alfonsonas, grabadas en áureas ruedecitas de á veinte y cinco pesetas una.

Digan lo que quieran el *baratero* y el *levanta-muertos*, no ha existido ni existirá un juego como el de la lotería.

Ella no necesita el silencio del garito, ni el monótono rodar de la ruleta, ni el semblante descompuesto del perdidoso, ni la blasfemia repugnante, ni el asesino navajazo: la lotería se juega á voces, á la inimitable luz del claro día, en los parajes más públicos de la ciudad más populosa, con superior permiso, autorizada por real orden inserta en la *Gaceta* del día tantos; es, pues, un juego lícito, perfectamente moral, cumple con todos los requisitos que la ley exige, y hay que respetar la lotería, quitarse el sombrero, doblar la rodilla ante el formidable bombo, donde en confusión se agitan millares de bolas y se desvanecen también millares de esperanzas.

—¡La suerte, quién quiere la suerte! ¡Por dos reales quince mil reales!—grita cascada voz de enclenque vieja.

Todos se precipitan á adquirir la suerte y á ultimar este negocio inverosímil; y los billetes entran, mientras el dinero sale de los bolsillos; y el bombo dá vueltas que arrancan ayes de ansiedad, de alegría ó desesperación, y unos pocos se embolsan los premios, y unos muchos suspiran sordamente, al ver evaporadas tantas ilusiones.

En prueba de que poseemos una gran dosis de sentido práctico, todos hemos comprendido las ventajas de la lotería.

En prueba de que todo gobierno es paternal y desea enriquecernos, la lotería es un juego oficial; todo gobierno juega y autoriza á que juguemos todos. Es muy cierto que, en resumidas cuentas, sólo el gobierno gana en este juego; ¿pero acaso es de él la culpa? ¿No han adquirido Vds. su numerito?... Pues haberse dado prisa á sacar el premio gordo. ¡Tenían derecho á la fortuna y la dejan escapar!... ¡Ah torpes!...

¿Qué importa que falte dinero, trabajo, canales, ferro-carriles, instrucción, moralidad y otras cosas, si sobran loterías!...

¡Oh! en cuanto á éstas no existe una nación que compita con nosotros. En Madrid, tuvimos la llamada *lotería antigua*, y vamos disfrutando hoy de las siguientes:

Lotería nacional.

Asilos del Pardo.

Asilos de Aranjuez.

Escuelas católicas.

Estrella de los pobres... (Estrellados).

Sagrado Corazon. (¡Qué impiedad!).

Y otras que han sucedido y sucederán á éstas, sin contar la publicación del *Boletín de Toros y Loterías*.

La envidiable ciudad de Barcelona, uno de los pueblos más prácticos y más laboriosos del mundo, ha comprendido también la utilidad de la lotería, y disfruta, poco más ó menos, de las siguientes, á cargo del municipio las tres primeras;

Casa de Caridad. (Mendigos á granel).

Empedrados. (Algunas calles no se empiedran nunca).

Hospital. (Allí pararemos todos).

Amigos de los pobres. (¡Qué amigos tienes, Benito!).

Y así sucesivamente, hasta que nos haya caído la lotería á todos los españoles.

La lotería es tan consoladora como la misma fé católica. ¿Qué pecador no escala el cielo á fuerza de oraciones? ¿Qué desgraciado no confía reponerse alguna vez de su desgracia, con el premio grande de la lotería?... Dígalo si no el número de billetes que sin cesar despachan los loteros.

Existen dos especies de loterías: la lotería pública y la lotería casera. Esta última, que como todo el mundo sabe, se juega con unos cartones y unas bolas, ha venido cayendo en desuso entre los españoles, sin duda porque ofrecía estrecho campo á la ambición. En cambio, son á ella muy aficionados los italianos en general y las romanas en particular.

Las romanas acostumbran á distraer sus ocios jugando á esta lotería en las casas y aun en la vía pública. A semejante costumbre debemos una impresión que nos hizo meditar profundamente acerca de los destinos de los pueblos.

Era una tarde pálida de otoño. Recien llegados á la ciudad Eterna, y embargado el ánimo por diversas emociones, cruzábamos pensativos aquellas designadas calles erizadas de templos y palacios, de estatuas y monumentos. Acabábamos de dejar á nuestra espalda el Pórtico de Octavia y el Teatro Marcelo, antiquísimos y maravillosos restos ennegrecidos por el tiempo, cuando se ofreció á nuestra vista un portal grande que daba acceso á una desierta calle, bordeada de tapias, mal empedrada y formando empinada cuesta. El aspecto extraño del lugar y la curiosidad que guiaba nuestros pasos, nos incitaron á subir por la pendiente en busca de novedades é impresiones. Tras penosa ascensión, nos hallamos sobre una meseta solitaria, desde la cual pudimos divisar vasto horizonte. A un lado y á lo lejos, descubriase magestuosamente la gallarda cúpula de San Pedro, semejante á un hemisferio henchido de plegarias remontándose á las nubes; al otro

lado veíase el Coliseo, montaña hueca de labrada piedra, con su fúnebre cortejo de ruinas; inmediata á nosotros, al pié de ancha gradecría, una hermosa plaza en cuadro, rodeada de palacios, estatuas y columnas. Roma es la ciudad de los contrastes y bruscas transiciones. Por esta razón sin duda, veíamos á nuestro alrededor montones de rejas, ladrillos y menuda arena, junto á blancas masas de apiñada sal, esto es, los mezuquinos elementos de la moderna albañilería ante las moles sorprendentes del arte antiguo. El Sol se hundía lentamente en el ocaso, arrancando fantásticos matices á las esbeltas cúpulas que coronan la gran ciudad; el silencio reinaba en torno y la soledad era completa, mientras absortos nos preguntábamos:—¿Dónde estamos? De pronto advertimos una puertecita recién pintada, de cuyo lado se hallaba pendiente el verde y sedoso cordón de oculta campanilla. Nos acercamos maquinalmente á ella, íbamos á llamar, pero permanecimos estáticos al observar una blanca plancha clavada en la verde puerta. Sobre la plancha leíanse en negros y flamantes caracteres estas palabras, causa de nuestra emoción:

PORTERIA DE LA ROCA TARPEYA.

En el mismo momento, partiendo de otra puerta inmediata, gritó una voz robusta:

—¡Cinco, sesenta y cuatro, trece!...

—¡Tómbola!... interrumpió, regocijada, la fresca voz de hermosa jóven.

Una sensación extraña, inesplicable, agitó nuestro cuerpo, al hacernos cargo de la para nosotros imprevisible escena.

La palabra *tómbola* significa en italiano *lotería casera*.

¡Acabábamos de oír jugar á la lotería en las históricas alturas de Roca Tarpeya!

Abandonamos á la consideración del lector el asombro, el cúmulo de reflexiones y recuerdos que entonces combatieron nuestro espíritu, como el de otro Volney en las ruinas de Palmira. Baste decir que jamás desaparecerá de nuestra memoria una impresión tan desusada.

Pero despertemos ya de tamaño sueño y volvamos á la verdadera lotería, á la lotería pública española, autorizada por la ley, explotada por los gobiernos y fomentada por la ambición y la pereza de los ciudadanos.

A la vista tenemos un décimo de la lotería nacional. Dice que VALE, pero no es exacto, CUESTA seis pesetas. En el sorteo correspondiente á este décimo, se adjudican 998 premios; el décimo en cuestión pertenece al jugador número 18.585. Restando del mayor el menor de estos dos números, resulta un residuo de 17.587. De suerte que por de contado, puede asegurarse que perderán el dinero 17.587 jugadores, y dejarán de sacar el premio gordo 18.584. Esto suponiendo que no entren en suerte más números que los que marca el décimo que á la vista está. Probablemente existirá por lo menos doble número de jugadores, en cuyo caso saquen Vds. la cuenta á proporción.

Tenemos á la vista otro billete perteneciente á los *Asilos del Pardo*. Este VALE ó CUESTA, como Vds. quieran, dos reales. Corresponde al jugador número 31.269, y se adjudican en el sorteo 671 premios. Valiéndonos de un procedimiento análogo al anterior, resulta que por lo menos pierden el dinero 30.598 jugadores, y dejan de sacar el premio gordo 31.268, por lo menos.

Si hemos de ser francos, en vista de semejante cálculo, preferimos jugar al *monte* ó al *siete y medio*.

Apesar de ello, todo el mundo juega á la lotería, porque todos se acuerdan del que gana, pero no de los que pierden, que como hemos visto, son la inmensa mayoría.

A nuestro modo de ver, la mejor lotería fuera echar el dinero en una hucha cada vez que nos acometiera la tentación de tomar un billete. Por este procedimiento puede asegurarse que no sólo no perderíamos los reales, sino que al cabo de cierto número de años nos encontraríamos con una economía respetable, cual llovía del Cielo, y que nos vendría como pedrada en ojo de boticario, ó credencial en manos de cesante.

¿Y qué diremos de las rifas de imágenes, panes benditos y otros objetos, que se verifican en los templos? A nosotros se nos figura que los promovedores de estas rifas son peores que el mismísimo Judas. Este vendió á Jesús, pero aquellos juegan los santos al azar, lo cual nos parece más degradante.

La lotería es en nuestro concepto una inmoralidad que debería evitarse á toda costa. Es verdad que con su supresión se quitaría el sustento á cuántos viven de la expendición de listas y billetes; pero si hemos de oír la palabra divina, nadie tiene derecho á vivir, si no trabaja. En nuestra humilde opinión, trabajar es en la verdadera acepción de la palabra, emplear el tiempo en producir alguna utilidad, ó al menos con esta idea. ¿Podría en realidad llamarse trabajador á un hombre ocupado en dar de bofetones al viento ó de puntapiés á los ladrillos de su habitación? Pues de igual manera tampoco nos parece trabajo el de los loteros, ni el de las mujeres y niños que á voz en grito van pregando por esas calles la lista de la lotería.

Si nos atreviéramos, tacharíamos el juego de la lotería, como todos los juegos, de inmoral y degradante;

incitaríamos al prójimo á fiar ménos de la casualidad y más de su trabajo y de su mérito; aconsejaríamos ménos ambición y más nobleza ó dignidad; pero...

—¡La lista grande! dos cuartos la lista grande!

—¡Qué oigo! Recuerdo haber tomado un décimo y es posible que esta vez me caiga. ¡Eh, eh, chico!

—¿Qué desea Vd?

—Que he de desear, la lista!

—¡Toma! ¿Pues no nos decía Vd. que odiaba la lotería?

—Qué quiere Vd., dejaría de ser español... También convenimos todos en que los toros nos degradan y no perdemos una corrida...

JUAN TOMÁS SALVANY.

Madrid: 1878.

LITERATURA EXTRANJERA.

EL MIOSOTIS.

(Traducida para el CÁDIZ por D.^a Josefa Pujol de Collado.)

El regimiento 12 de línea que en 1809 se hallaba de guarnición en Strasbourg, contaba entre sus individuos á Pedro Pitois, especie de ser semi-salvaje, semi-civilizado, á quien sus camaradas designaban con el apodo de Morvan. Segun en el regimiento se decía, el sargento era un hombre de hierro únicamente sensible, al olor de la pólvora y al silbido de las balas.

Un día Pedro escribía una carta á un coronel pidiéndole permiso para visitar á su madre enferma, y prometiendo incorporarse al regimiento en cuanto ésta se restableciera, pero el coronel le contestó que de un momento á otro esperaba la orden de salir á operaciones, y que por lo tanto le era imposible concederle el permiso que solicitaba.

Trascurrieron quince días, al cabo de los cuales el coronel del 12 de línea, recibió una segunda carta de Pedro, en la cual el valiente sargento le decía que su madre había muerto con el sentimiento de no haber podido darle su última bendición y solicitando de nuevo con empeño, un mes de licencia para cumplir un deber de familia que no le era posible revelar.

Pero la segunda carta no tuvo mejor éxito que la primera, tan sólo el capitán de su compañía le dijo con bondad:

—El coronel recibió tu carta, y aunque siente en extremo la muerte de tu madre, no puede concederte el permiso que deseas, en atención á que mañana sale el regimiento de Strasbourg.

Pedro bajó la cabeza en silencio, y pareció entregarse á una profunda meditación.

—Estás sordo, prosiguió el capitán sacudiéndole vigorosamente la mano ¿has oído que antes de ocho días tendrás el placer de batirte con los austriacos, y no me das las gracias por la noticia? Supongo que no me habrás comprendido.

—Sí; os he comprendido mi capitán, y os agradezco la noticia.

—¡Al fin!

—Pero decidme, añadió Pedro con inquietud: ¿creis que no hay ni la más remota esperanza de alcanzar el permiso que solicito?

—¡Estás loco! ¡Una licencia en semejantes momentos!

—Sí.

—No te creí capaz de pedirla.

—Teneis razon mi capitán, por la primera vez desde que soy soldado me juzgarais cobarde y desisto de mi idea, balbuceó el sargento.

—Ahora es cuando veo en tí el mismo hombre de siempre, exclamó su jefe.

Al día siguiente el 12 de línea entraba en Alemania, y Pedro Pitois desertaba.

Tres meses despues el regimiento cubierto de gloria por la batalla de Wagram, se preparaba á entrar triunfalmente en Strasbourg, y Pedro era conducido al mismo punto por una brigada de gendarmes.

Inmediatamente se reunió el consejo de guerra para juzgar al mal aconsejado soldado, que había abandonado sus banderas al frente del enemigo, pero el consejo presentaba un carácter singularmente original.

—¿Cómo es posible, decían los jueces al desertor, que vos, uno de los soldados más valientes del ejército, sin jamás haber incurrido en la menor reprensión por parte de vuestros jefes, abandonárais en tan críticos momentos el puesto, que la patria os había confiado, sin alegar un motivo bastante poderoso, para recomendaros á la clemencia del emperador?

—Ya sé que he desertado sin razon, contestaba Pedro, pero no penseis que por ello me arrepiento, ántes al contrario, si preciso fuera, volvería á desertar aun cuando me consta que merezco la muerte.

—¡Parece imposible! prorumpia el uno.

—¡No hay más sino que se ha vuelto loco! añadía otro,

y ántes que condenar á un loco, vale más enviarle al hospital.

Poco faltó para que se adoptara este último partido, puesto que todos consideraban la desaparición de Pedro como uno de esos casos singulares fuera de las probabilidades humanas, que nadie comprende y que todo el mundo admite, pero tanto el acusado pedía á sus jueces que se aplicara todo el rigor de la ley, que al fin no hubo más remedio que condenarle á muerte.

Al oír la sentencia Pedro no se inmutó en lo más mínimo, se negó con obstinación á pedir gracia ninguna, y el consejo le concedió setenta y dos horas de plazo, que el reo aceptó con la misma indiferencia, encogiéndose de hombros con desden.

Indudablemente la extraña conducta del soldado, obedecía á algún misterio que nadie atinaba á explicarse.

La noche ántes de la ejecución, la puerta del calabozo de Pedro giró calladamente sobre sus goznes, y un oficial de la guardia se acercó al lecho del reo y lo contempló silencioso.

—Ha llegado ya la hora, preguntó este abriendo sus grandes ojos con la mas perfecta tranquilidad.

—No Pedro; contestó el oficial, no ha llegado todavía, pero no tardará mucho.

—Entonces qué quereis.

—Te lo diré en pocas palabras, no importa el que tú no me conozcas para que yo, que te conozco y te aprecio, desde que en Austerlitz te ví pelear como un valiente, al saber ayer con sorpresa tu crimen y tu sentencia, pensara en venir á tu prisión para decirte: Pedro, el hombre que se dispone á morir, lamenta á menudo no tener á un lado un amigo á quien confiar algún santo deber no cumplido, ¿sirvo yo para el caso?

—Gracias camarada, contestó el reo en voz breve.

—¿Nada tienes que decirme?

—Nada.

—Cómo! ¿ni un adiós para tu prometida, para tu hermana?

—Jamás las he tenido.

—Para tu padre.

—Hace diez meses que murió en mis brazos.

—Para tu madre.

—Mi madre, repitió Pedro con voz alterada, mi madre, ¡ah! no pronuncieis este nombre si no quereis verme llorar como un niño, no lo pronuncieis, porque creo que si en este momento pudiera hablar con ella....

—Qué, preguntó con ansiedad el oficial.

—Nada, pero creo que lloraria, y llorar no es cosa de hombres, continuó con exaltación, y llorar cuando solo tengo algunas horas para vivir, seria vergonzoso.

—Te engañas Pedro, yo tengo tanto corazon como tú y no me avergonzaria de llorar hablando de mi madre.

—¿Decís la verdad? preguntó el reo cogiendo con vivacidad la mano del oficial, es cierto que sois hombre, soldado como yo, y no os avergonzariais de llorar?

—Pensando en mi madre no ciertamente; ¡es tan buena y me ama tanto!

—¿Ah ella os ama y la amais! entonces ya os lo puedo decir todo; escuchad, porque mi alma se halla agobiada y desea desahogarse: ha poco me deciais que el que va á morir siempre tiene algo que confiar á un amigo ¿verdad que quereis oírme y que no os burlareis de mí?

—No, Pedro, porque el hombre próximo á morir como tú, solo puede excitar conmiseración y simpatía.

—Pues bien, dijo el reo lentamente, vos no sabeis que desde que estoy en el mundo solo á una persona he querido con toda mi alma, á mi madre; ya de pequeño me acostumbré á leer en sus ojos todo su amor y á dedicarla por entero todo la ternura, que era susceptible de albergar mi corazon. Cuando me fué necesario dejarla me desesperé lo que no es decible, protestando que no me arrancarian vivo de sus brazos, pero ella que era una santa y valerosa mujer, cambió mi resolución con estas solas palabras: parte Pedro, lo quiero: «partiré madre mia» exclamé cayendo de rodillas, partiré, puesto que así lo quereis. «Los deberes de un hijo, prosiguió ella, no son los únicos que el hombre está llamado á cumplir, todo ciudadano se debe á su patria cuando esta lo necesita, eres soldado, y perteneces á la Francia; si á su servicio sucumbieras te lloraria, pero estaria orgullosa de tu muerte; si me amas, hijo mio, cumple con tu deber y no tardes en acudir al llamamiento de tu patria.» ¡Oh! Cuanto recuerdo las palabras de aquella santa mujer! «Cumple con tu deber, me dijo, el deber de un soldado es obedecer.» Siempre, siempre he obedecido, sin vacilar, aun en medio de los mayores peligros. Los que me veían marchar impávido al encuentro de las balas decían: ¡hé aquí un valiente! Mejor hubieran dicho: ¡hé aquí un hijo que obedece á su madre! Pero un día recibí una carta de mi madre en la que me decia la pobre que estaba enferma; pedí permiso para ir á verla y se me negó: entonces acordándome de sus palabras: «Si me amas cumple con tu deber», me resigné; despues supe que habia muerto y pensé volverme loco de desesperación. A todo

trance queria volver á mi país porque allá en Morvan existe profundamente arraigada la creencia de que la primera flor que crece sobre una tumba tiene para el que la recoge la virtud de asegurarle el recuerdo del ser que ya abandonó la tierra, ¡hermosa superstición! sin el olvido, la muerte no asusta, porque solo es un dulce sueño, un largo reposo á las fatigas de la vida.... Pues bien, quise cojer aquella flor y abandoné mi regimiento, á los ocho dias de viaje llegué á la tumba de mi madre, la tierra aún ostentaba señales de acabar de ser removida y ninguna flor habia crecido en ella. Esperé seis semanas, trascurrieron y una mañana al suave influjo del primer rayo de Sol, ví abrirse una florecilla azul, un miosotis, la recogí llorando de alegría porque me pareció que aquella flor encerraba el alma de mi madre, que agradecida á mi solicitud queria ofrecérseme en aquella delicada forma, y saliendo de Morvan me presenté á los gendarmes diciéndoles: «He desertado, arrestadme», lo demás ya lo sabeis. Ahora bien, como sé que voy á morir dentro de poco y vos sois tan bueno que me ofreceis vuestra amistad, os encargo encarecidamente cuideis que la pobre flor que recogí sobre la tumba de mi madre y permanece junto á mi corazon, no la separen bajo ningún concepto de mí. Es el lazo misterioso que me une á mi madre, y si pensara que habian de quitármela no tendria valor para morir. ¿Me prometeis velar para que se cumplan mis deseos?

—Os lo prometo.

—Gracias camarada, y dejad que estreche vuestra mano generosa; es imposible, pero si Dios me concediese una segunda vida juro que os la consagraria por entero.

Los dos amigos se separaron.

Al día siguiente despues de leída á Pedro la sentencia en el lugar señalado para la ejecución, circuló rápidamente entre la multitud el grito de ¡El emperador, el emperador!

Efectivamente Napoleon llegó á toda brida al sitio donde se debía ejecutar la sentencia, se apeó con presteza y dirigiéndose al reo le llamó por su nombre.

Este le miró sorprendido y preso de indecible estupor.

—Pedro, le dijo el emperador, acuérdate de las palabras de esta noche, Dios te dá una segunda vida, para que la consagres no á mí, sino á la Francia, de hoy en adelante ella sola será tu madre y yo te ruego que la ames tanto como amabas á la otra.

Y el emperador se alejó, siendo calurosamente aclamado por la multitud.

Algunos años despues el capitán de la guardia Pedro Pitois, caía mortalmente herido en Waterloo, gritando con todas sus fuerzas: ¡Viva el Emperador! ¡Viva la Francia! ¡Viva mi madre!

E. MORIN.

AUMENTO DE LA GUARDÍA CIVIL

NOSOTROS, que hemos sido de los primeros en clamar por el aumento de la Guardia civil y la supresión de todo otro cuerpo civil armado, para que esté mejor garantida la seguridad de las personas y de las propiedades, no podemos menos de clamar con horror para que se exija la responsabilidad por el hecho desgraciado é inexplicable en el comportamiento mesurado al par que firme, que sigue siendo proverbial en este cuerpo modelo, que parece, sin embargo, haber ocurrido en Almería, sin duda por confiar á un recluta inepto y estúpido un servicio tan importante y delicado como el de la Guardia civil.

Si es indudable que no puede esperarse en el estado en que se halla nuestro pueblo, poco acostumbrado á que se respete la ley, una seguridad verdadera, sin que la garantice la Guardia civil, también lo es que esta institución no puede aumentarse, ni siquiera conservarse en buenas condiciones, como demuestra el hecho horrible de Almería por falta de aspirantes idóneos.

El remedio de este gran mal y de otros muchos de no menor trascendencia en nuestro país, que tienen el mismo origen de falta general de instrucción y de responsabilidad, está en la adopción del servicio militar obligatorio y la instrucción primaria obligatoria, empezándose á exigirla formalmente y con ventajas positivas para los más adelantados en el ejército, desde el mismo día de empezar á servir.

Como no se hallan ni con muchos soldados cumplidos en número suficiente, que reúnan las condiciones requeridas para ingresar en la Guardia civil, y el afán de que se multiplique para acudir á todos los servicios que se le piden, va mucho más allá de lo que el hombre puede esforzarse en el trabajo y las privaciones sin grave detrimento de la salud, resulta con frecuencia que muchos de los cumplidos que tienen aptitud para el ingreso, no lo desean por las razones expuestas y tiene que recurrirse al perjudicialísimo sistema de ad-

mitir reclutas, que han de falsear forzosamente el espíritu y el concepto de la institución.

El servicio militar obligatorio y la instrucción primaria obligatoria, obligaciones ambas importantes y necesarias que el gobierno tiene aceptadas en principio, habrá de perfeccionarlas progresiva pero decididamente, por las grandes ventajas que habrán de proporcionar al Estado, ya por levantar el espíritu en el ejército haciendo ingresar en la reserva todos los individuos que por cualquier circunstancia que no sea la incapacidad física no entren en los cuerpos activos, cuando sean llamados por la ley, sin exceptuar los que se rediman ó instituyan, que seguramente no dejarán de hacerlo por eso; ya también porque en la disminución del tiempo de servicio activo tiene un medio fácil de estimular la mayor instrucción, relacionando con minuciosa exactitud esas dos escalas de tiempo de servicio y de suficiencia acreditada en exámenes.

De este modo únicamente puede esperarse, en nuestro concepto, que haya número suficiente de aspirantes idóneos en los soldados cumplidos del ejército para ingresar en la Guardia civil; puesto que la condición que más escasea generalmente es la de tener la instrucción que se requiere.

Grandes esfuerzos se están haciendo para generalizar la instrucción primaria en la infantería, por la iniciativa poderosa de su Director, marqués de San Roman, pero tememos mucho que los resultados no correspondan al mérito de las bien pensadas instrucciones que ha dado, ni al celo y asiduidad con que son ejecutadas en los cuerpos, porque dado el escaso tiempo que los soldados permanecen en las filas, creemos imposible alcanzar esa instrucción militar, ni la detenida y perfecta que necesita ahora el soldado, ni menos aún la más aventajada que requieren las clases que han de enseñarlo y guiarlo, sin que una escuela normal militar facilite la enseñanza correspondiente.

La creación de esta escuela central de alumnos para cabos y sargentos, y normal de instrucción primaria, tiro, esgrima y gimnasia, debe ser, en nuestro concepto, el primer paso y el más importante que reclama la regeneración de nuestro ejército y el que ha de hacer fácil el reemplazo y aumento de la Guardia civil, tan difícil en la actualidad, no obstante haberse modificado, con perjuicio bastante del servicio, la primitiva exigencia reglamentaria para el ingreso en la Guardia civil, de haber cumplido la duración del servicio en el ejército, que era de ocho años en la época de la creación.

Para desempeñar dignamente la misión protectora de la Guardia civil, no basta, en nuestro concepto, la instrucción teórica por completa que sea: se necesita además la práctica y la experiencia de algunos años de servicio; y mucho más aún para desempeñar las funciones de este cuerpo en las grandes poblaciones, que deberían confiarse á una guardia veterana, con mayor sueldo, compuesta de los que llevasen cierto número de años en el instituto sin haber sufrido corrección alguna.

Confiese á estos veteranos sin tacha la misión del orden público y la seguridad de las personas y de las propiedades en las poblaciones, manteniéndolos apartados de toda cuestión política, de elecciones, etc., y la ley será respetada, como lo será también el público con esa cortesía exquisita de los guardias, que les ha captado siempre el respeto y la consideración general.

Al reclamarse por la opinión que no haya más instituto civil armado que la Guardia civil, creemos que no estarán de más algunas observaciones ó aclaraciones del pensamiento que creemos más general y conveniente.

Tales son las siguientes:

1.^a Que el aumento de la Guardia civil propiamente dicha, fuese para la guardería rural de todas las provincias, prescindiéndose de consultas y acordándose por las Cortes el aumento correspondiente en los presupuestos.

2.^a Que la guardia veterana formase un cuerpo aparte con las pequeñas modificaciones que se creyesen necesarias en su reglamento, cartilla, uniforme etcétera, bien que dependiendo de la Guardia civil para su organización, reemplazos ascensos, inspección, dirección y justicia, como tal vez convendría hacerlo despues con el cuerpo de carabineros para centralizar en una sola mano toda la fuerza armada que no dependiese del Ministerio de la Guerra para la especialidad de su servicio.

3.^a Que al crearse la Guardia civil veterana, tuviesen ingreso en ella como guardias los de orden público y municipales que reuniesen las condiciones de aptitud, edad y servicios que se exigieran.

4.^a Que quede siempre un corto número de agentes municipales, sin armas ofensivas, ó celadores auxiliares de los tenientes de alcalde, dos por ejemplo en cada barrio, á todos los cuales tuviera obligación de prestar apoyo la guardia veterana cuando le fuese reclamada.

Una de las cosas que ha proporcionado á los Guardias civiles tanto respeto, ha sido sin duda alguna la consideración que les dá la ley, de centinelas vivas, la cual no obstante el buen resultado que ha producido y el no haberse abusado de esa facultad por tan benemérito instituto, creemos debería modificarse para la guardia veterana, considerándose la resis-

cia á ella un grado inferior en la penalidad cuando los guardias estén sin el fusil ó la tercerola.

Una de las necesidades más apremiantes y más generalmente sentidas en nuestro país, es la de asegurar una imparcialidad, que jamás se logra con la alternativa de los partidos y de sus notables ó caciques en la gestión gubernamental y administrativa de los pueblos; por lo cual puede decirse que se ha desconocido en la práctica la equidad, habiendo para los alejados del poder recargos indebidos y tirantéz en todo, mientras los adeptos han alcanzado todas las inmunidades y exenciones imaginables, pagando aquellos muchas cargas correspondientes á estos, que han gozado de una impunidad sin límites en el estadio del municipio y de la provincia.

Se necesita á toda costa cambiar el curso de esas corrientes de parcialidades, fecundas en injusticias, agravios, rencores y desventuras, que apartan ó retraen á muchos de tomar parte activa en la cosa pública y hasta de ocuparse con actividad en el desarrollo de las industrias que por temor de las rivalidades de los contrarios en política, les susciten luchas ruinosas; y ese cambio en nuestra manera de ser, acercándonos á la imparcialidad, á la exigencia formal y precisa de todos los deberes y al respeto de todos los derechos, sólo podrá verificarlo un cuerpo apartado radicalmente de las cuestiones políticas: un cuerpo que siga las honrosas tradiciones de nuestra Guardia civil, porque se nutra de ella misma y por ella reciba el premio y el castigo, aunque teniendo escala separada para los oficiales, precisamente veteranos, que ingresasen en esta guardia veterana.

No debemos terminar al ocuparnos de la conveniencia de llevar á todas las provincias el aumento de la Guardia civil y la supresión de toda gente armada de la provincia ó del municipio, no debíamos terminar, decíamos, sin hacernos cargo de lo ocurrido en la diputación de Málaga, que había reclamado hace algún tiempo con gran calor el aumento y después han pedido muchos diputados la supresión, á juzgar por lo que dicen los periódicos de la localidad, es de temer que sea el móvil de esta gestión el egoísmo por no poder influir en su admisión ó despedida, ni disponer de su particular servicio en provecho propio, ni tampoco de que sus propiedades absorban toda la vigilancia, aunque sea á costa de no ocuparse de las demás.

Eso mismo que dicen los periódicos de Málaga venía á decir el nuestro del 10 de Noviembre, (navegación art. 3) al tratar de la necesidad de aumentar la Guardia civil para afianzar la seguridad de las personas y de sus bienes en los campos y poblaciones rurales para que pueda darse verdadero impulso á la agricultura y á las industrias que de ella se derivan. Unicamente los que pueden monopolizar en provecho exclusivo de sus adeptos ó allegados los destinos de guardería y demás del municipio ó de la provincia, y que pueden contar también con una preferencia ó exclusivismo en su favor por parte de esos funcionarios agradecidos, aún cuando sea á costa del más completo olvido de los intereses de los demás, son los que pueden preferir que esos servicios se presten por gente allegadiza que ha de carecer por completo de la exactitud y eficacia en el servicio, que garantiza en la Guardia civil la responsabilidad ineludible, que exige su reglamento.

Nuestra ilustrada sociedad económica de Amigos del País, tenemos entendido que ha nombrado comisión para que estudie este asunto y dé dictámen sobre él. Mucho celebraremos que llegue á tomarse en consideración por el Gobierno de S. M., pues nos parece que podrá sufrir mucho la resolución de este asunto en que mejoren ó empeoren nuestros futuros destinos asegurándose ó nó el cumplimiento exacto de las leyes y de todos los deberes públicos, al paso que se hagan respetar todos los derechos.

NOTICIAS.

Hé aquí la lista que se remite á S. M. el Rey dándole cuenta de el resultado de la limosna iniciada en su regio nombre, y de la cual recibirán un ejemplar cada uno de los señores que han contribuido:

LIMOSNA DEL «CÁDIZ.»

LISTA QUE SE ENVIA A S. M. EL REY DON ALFONSO XII.

Deseosa de contribuir en lo que me fuera dable al regocijo público con motivo del feliz enlace de S. M. el Rey, abrí una suscripción con el objeto de socorrer en su angustio nombre algunas miserias, y hoy 2 DE MAYO, fecha de inmortal memoria para los españoles, he distribuido entre los pobres la pequeña suma reunida, rogando á los que la recibían pudiesen á Dios por la preciosa vida de S. M., su augusta esposa, y real familia.

Hé aquí los nombres de los que han contribuido á esta obra de caridad, y las cantidades recibidas:

Excmo. Sra. Duquesa de la Torre	500 rs.
Sra. D. ^a Aurelia Castillo de Gonzalez	20
Sra. D. ^a Teodosia M. de Provein	40
G. M. R.	40
Excmo. Sr. D. Joaquín de Jovellar, capitán ge-	

neral de la Isla de Cuba	1.000
Excmo. Sr. general D. José de Velasco	100
Excmo. Sr. Marqués de S. M.	60
Sr. Baron de Mayals	80
Ilmo. Sr. D. Cayetano del Toro	100
Sr. D. Antonio Rivero	100
Sr. D. Manuel Ghirlanda	20
Sr. D. José Jurado Parra	20
Sr. D. Juan Vila y Blanco	20
Sr. D. José Rodríguez y Rodríguez	40
Patrocinio de Biedma	200

Total 2.340 rs.

El día *Dos de Mayo* se han pagado en la Redacción del CÁDIZ 1,007 papeletas de 2 rs. de las 1.012 repartidas: se han entregado: á un joven para redención del servicio militar, 20 rs.: 12 bonos de á dos pesetas á personas verdaderamente necesitadas, recomendadas por distinguidas señoras de esta sociedad, y socorros de 40 rs. á cinco familias pobres.

Cinco papeletas de 2 rs. han dejado de presentarse, y por si se han perdido, el importe de ellas se abonó á otros infelices que llegaron después de repartida la limosna.

En la distribución de las papeletas me han ayudado algunos señores sacerdotes, los periódicos de la plaza, las personas que han contribuido en CÁDIZ á esta buena obra, y mis particulares amigos.

También debo consignar que el establecimiento tipográfico *La Mercantil* ha hecho gratis todos los trabajos de impresiones para la limosna.

Reciban S. M. el Rey y su augusta esposa, como homenaje respetuoso las bendiciones de los desgraciados, socorridos en sus angustios nombres, y con ellas mi sincera adhesión.

PATROCINIO DE BIEDMA.

Cádiz 2 de Mayo 1878.

Con el más profundo sentimiento participamos á nuestros lectores la muerte de nuestro querido amigo y redactor D. Federico García Caballero, acaecida en Sevilla.

Inteligencia brillante, modestia discreta, oportunidad incomparable, palabra fácil, carácter sencillo y digno, y por último, honradez y juventud, completaban en él al caballero perfecto, al hombre de porvenir y esperanzas que tan notable puesto estaba llamado á ocupar en la sociedad y en la historia.

Muchos son los premios que el talento de García Caballero consiguió ganar en distintos certámenes, pero aún más que el recuerdo de ellos, se conservará el de su incomparable trato, que inspiraba desde luego afecto y simpatía. El CÁDIZ envía á su distinguida viuda é hija, á su madre, y á sus tíos D. Ramon de Campoamor y D. Juan Vila y Blanco, el más sentido pésame, asociándose al pesar que experimentan por tan triste pérdida.

En prueba de que una desgracia no llega sola jamás, continuemos enviando nuestro pésame, también muy sentido, á la familia de nuestro distinguido amigo D. Manuel del Castillo de San Vicente, persona tan digna como respetable, cuya muerte deja un gran vacío en la sociedad gaditana.

Continuaremos este triste deber participando á nuestros lectores lo que en el último número, por respeto al dolor de su familia que temíamos avivar con nuestras palabras, no nos atrevimos á decir: la muerte de la Sra. de Romagnoli, madre de la ilustre Sra. de Velasco, acaecida en Málaga.

Enviamos á la familia de nuestro digno Comandante general la expresion de nuestro sentimiento.

Con un éxito cada noche continúa el incomparable Valero presentando en el *Gran Teatro* las obras más notables, así modernas como antiguas, pero que hace aparecer siempre nuevas por la interpretación que les dá su talento. *Los laureles de un poeta* han obtenido una brillante acogida de este inteligente público.

Nuestro querido amigo y redactor Sr. Alvarez y Sanchez ha conseguido la distinción merecidísima de ser nombrado Farmacéutico de la Real casa, pudiendo usar las armas reales en su establecimiento.

Le felicitamos cordialmente y hallamos muy natural se premie el trabajo y la inteligencia.

El día 12 del corriente se celebrará en Sevilla el *Congreso literario* que ha de acordar las bases de una *Federación literaria* en Andalucía.

Están invitados representantes de las ocho provincias andaluzas, y esperamos que será un acto notabilísimo.

Ha visitado nuestra redacción el agente general de la sociedad de seguros *La Equitativa*, fundada en Nueva York, en el año 1859, con un capital efectivo de 100.000

pesos fuertes, y aumentado hoy de una manera tan notable, que en el balance efectuado en Enero de 1878 tenía en haber activo 38.530.665 pesos fuertes. En España, donde era desconocida esta sociedad, empieza á comprenderse su importancia, gracias á su activo y discreto agente el abogado D. José Agramonte, que ha logrado fijar sobre ella la atención, mostrando ya una notable lista de españoles que tienen pólizas en la *Equitativa*, y cuyos nombres son una verdadera garantía.

Recomendamos esta importante Asociación, de la cual nos ocuparemos más estensamente.

Han llegado á CÁDIZ, y hemos tenido el placer de saludarles, el distinguido coronel D. Alvaro Queipo de Llano y su joven y bella esposa. Le deseamos todo género de felicidades entre nosotros.

Algunos de nuestros compañeros de Redacción, acompañarán á nuestra Directora en su viaje á Sevilla.

Todos los periódicos se han ocupado de los plácemes que ha recibido nuestro Comisario general en la Exposición de París, D. José Emilio de Santos, por el admirable orden de la sección española, que está bajo su dirección. Reciba también la felicitación del CÁDIZ que le ha merecido la honra de su colaboración.

Hemos recibido, y lo agradecemos infinito, los siguientes libros:

Penas y sueños, poesías de D. T. Fernandez de Castro, CÁDIZ.

Apéndice al catálogo de la librería española y extranjera de J. M. Abraido, dos tomos, calle del Obispo 63, Habana. *Catalogue général á la ville de Lyon*, ransons 6, rue de la Chausseé-d'Antin, París.

Memoria de los trabajos realizados por la sociedad de Escritores y Artistas durante el año de 1877, formada por el Secretario general D. Agustín de la Paz Bueso, Madrid.

Pacificación de Andalucía y expediente de la Cruz de 5.^a clase de San Fernando, obtenida por el Teniente general D. Manuel Pavia y Rodríguez de Albuquerque, general en jefe del ejército, Madrid.

Todos caemos, juguete en un acto y en verso, por D. Narciso Diaz Escobar, Málaga.

Los doce Alfonsos, romancero nacional, por D. Ramon García Sanchez, Madrid.

La nube negra, tomo quinto de la segunda série de los *Cuentos de salon*, por D. Teodoro Guerrero, Madrid.

Flors d'Enguany, aplech de poesías esselladas, de los más notables escritores catalanes, Barcelona.

La equitativa, sociedad de seguros sobre la vida, 120 Broadway, New-York.

Catálogo de la librería de la famille, 28 quai du Louvre París; y algunos otros.

Damos las gracias por su recuerdo á los autores ó editores de estas obras.

Las sociedades corales *Juventud Gaditana* y *La Gaditana*, se han unido con el objeto de salir en una estudiantina para pedir socorros que se entregarán á las familias de los naufragos del Cantábrico.

Aplaudimos esa caritativa idea.

Nuestra Directora ha recibido una atenta invitación para asistir al centenario de Voltaire, que se celebrará en París el 30 de Mayo, y agradece infinito á los franceses su amable recuerdo.

ADVERTENCIA.

No habiendo encontrado papel del tamaño que deseábamos, continuamos dando en la misma forma el segundo tomo del CÁDIZ.

ANUNCIOS.

LOS DOCE ALFONSOS.

Romancero nacional

POR

D. Ramon Garcia Sanchez.

En prensa ya esta obra y no habiendo de tirar más que el número justo de ejemplares, las personas que quieran recibirla y figurar en la lista de suscritores que encabezan los nombres de SS. MM. pueden dirigirse á la administración, *Lobo, 42, pral. derecha.*

La obra, elegantemente impresa, se publicará por cuadernos de 32 páginas y cada uno costará 2 rs. en toda España, no excediendo de 16 el número total de ellos.

CÁDIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL.

DE D. JOSE RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor,
Sacramento, 39 y Belas 8.